



CAPITULO OCTAVO.

Cárcel Mamertina.—Inscripción en italiano.—Iglesia de Sr. San José.—San Pedro Advíncula.—Su fundación.—Cadenas de San Pedro.—Santa Praxedis.—Tesoro de reliquias.—Santa Columna.—Llegada de los peregrinos al Vaticano.—Presentación del Romano Pontífice.—Acaloradas exclamaciones.—Basilica de Santa María la Mayor.

MABIAMOS determinado algunos peregrinos ocurrir el día de hoy á la Cárcel Mamertina con el fin de celebrar el augusto Sacrificio de la Misa, pues todos los días lo hacíamos en distintas iglesias, para llenar ese deseo tan natural que como cristianos teníamos. Las señoras y demás peregrinos que no eran sacerdotes se acompañaban siempre con éstos á fin de oírles su misa y conocer también estos lugares. Así es que muy temprano nos diri-

gimos á este sitio, y presentando nuestro *celebret* nos facilitaron al momento todo lo necesario. Es la Cárcel Mamertina un subterráneo que existe debajo de la iglesia donde se venera un Santo Cristo, no teniendo antiguamente más que un socavón ó agujero por donde introducían á los presos, advirtiéndole que ahí sólo eran castigados los ajusticiados ó los prisioneros de Estado. La tradición asegura y con bastante fundamento, que en este lugar por orden de Nerón fueron encerrados los Apóstoles San Pedro y San Pablo, por cuyo motivo está dedicada á estos santos.

Hoy se penetra por medio de una escalera de mampostería, estando muy oscura, pues sólo se alumbrá con unas pocas lámparas. Existe ahí un altar donde se ostenta la imagen de San Pedro, y á la izquierda está la fuente milagrosa.

Estando encerrados estos santos mártires, eran custodiados por los carceleros Proceso y Martiniano. Mas tocado su corazón por Dios, con una gracia suficiente se convirtieron á la fe y rogaban se les ministrase el bautismo, así como también otros cuarenta y siete mártires. Faltando lo prin-

cipal que era el agua para satisfacer sus piadosos deseos, milagrosamente comenzó á brotar de la tierra y hasta la fecha existe cubierta con un barandal de hierro, pudiendo fácilmente como nosotros lo hicimos, tomar de ella. Así, pues, procedieron los Santos Apóstoles á derramarla sobre sus cabezas y recibían luego el nombre de cristianos, corriendo ya la misma suerte que éstos, es decir, ser coronados con el martirio. En memoria de este hecho, existe ahí una inscripción que al pie de la letra dice:

Questa la colonna dove stando legati SS. Apostoli Pietro é Paolo convertirno i SS. martiri Proceso é Martiniano custodi delle carceri et altri XLVII alla fede di Christo quali Battezzarno coll aqua di questo fonte scaturita miracolosamente.

En la capilla que esta construida sobre esta descrita cárcel, existe un Santo Cristo muy venerado y muy antiguo por cierto, y que después fué renovado por el diseño del cav. Boldrini.

Sobre esta capilla y la Cárcel Mamertina se encuentra la iglesia dedicada á Sr. San José, en donde sobre el altar mayor se admira un hermoso cuadro que representa

sus desposorios con la Santísima Virgen, el que según las opiniones de muchos eruditos es obra del célebre pintor Bramante. Las demás pinturas que tanto á la derecha como á la izquierda se ostentan, son de Carlos Maratta.

Concluimos, pues, y nos retiramos á desayunar para seguir después nuestro derrotero, (¡ qué digo derrotero!) pues con distintos pareceres como había y sin conocer los lugares, el Sr. Dr. Ruiz que nunca nos abandonó y todas nuestras impertinencias sufría con bastante prudencia, determinó que nos dirigiésemos á la Iglesia de San Pedro Advíncula, hermosa y rica por cierto y de grandes recuerdos para el cristiano. Así es que sin demora nos dirigimos á ese lugar, á donde á las diez nos encontrábam.

Unos pocos de datos daremos de ella y seguiremos adelante.

A Eudoxia, esposa de Valentiniano III en el año de 422 se debe su construcción, gobernando en aquel entonces la Iglesia el Papa León llamado el Grande, y se destinó para guardar las cadenas con que fué ligado San Pedro en la prisión de Jerusa-

lem, y las que fueron donadas á la Emperatriz por el patriarca Juvenal. Su interior se compone de tres naves divididas por veinticuatro columnas de orden dórico y todas de mármol. A la derecha se encuentra un altar hecho por el famoso Guercino y donde se venera a San Agustín. El del siguiente altar representa la libertad de San Pablo, obra de Dominiquino y cuyo original se puede ver en la sacristía. Un poco á la derecha se encuentra el celeberrimo monumento de Julio II, y es obra del insigne Miguel Angel, en donde se admira una figura de Moisés. Escúseseme de hacer el elogio de esta célebre producción del fecundo ingenio de Miguel. Baste decir que todos los que le admiran, una vez más comprenden su celebridad y bendicen solamente al Señor, por conceder tales dotes á sus criaturas.

Las cuatro estatuas de los nichos son producciones de Rafael de Montelupo, discípulo muy aprovechado del reputado artista Miguel Angel.

El cuadro que sobre el altar se encuentra en la capilla siguiente, es de bastante mérito artístico y fué pintado por Guercino.

En el espacio que está contiguo á la capilla, llama mucho la atención de todos los que visitan esta Basílica, un famoso y renombrado cuadro conocido con el nombre de Esperanza de Guido. Vése también uno que representa á la Sagrada Familia, atribuido á Julio Romano, y un magnífico cuadro del Divino Redentor, de Guercino. La tribuna de esta suntuosa Iglesia fué pintada por Coppí.

Una cosa muy notable por cierto nos faltaba que ver, y es una obra rara del siglo séptimo, una figura en mosaico que representa á San Sebastián.

Concluida nuestra visita á este célebre templo de la cristiandad, nos retiramos hacia un rumbo opuesto, y nos dirigimos para la *iglesia de Santa Praxedis*, célebre por sus reliquias, pues en su entrada luego se encuentra una inscripción donde se hace presente que no hay lugar ó templo en el mundo entero, que posea el tesoro de reliquias que allí se encuentran. A poca distancia de Santa María la Mayor está situada esta iglesia, pequeña en sus dimensiones.

Pío I hizo en el siglo II que se edificara

en forma de oratorio en el lugar mismo donde los termas de Novato, hermano de esta santa se encontraban. Más tarde, en el siglo IX, el Papa Pascual I la convirtió en iglesia, y luego á expensas de San Carlos Borromeo fué restaurada. Es de tres naves, y de muy sólida construcción, divididas por diez y seis columnas de granito; su aspecto interior es un poco triste.

Cuatro columnas de pórfido sostienen un baldaquino debajo del cual se encuentra aislado el altar mayor.

Lo que más nos llamaba la atención y con gran ansia deseábamos ver, era la capilla subterránea, nombrada de la columna, por encontrarse allí esta preciosa reliquia, la misma, según afirma con insistencia la tradición, donde Nuestro Divino Salvador fué atado cuando con tanta crueldad lo azotaron en Jerusalem, y que por el Cardenal Juan Colonna fué trasladada en el siglo XIII á Roma.

Ya comprenderán los lectores los sentimientos que se despertaron en los corazones de los peregrinos. De cerca la vimos y con la imaginación creíamos ver al Señor, cual manso y humilde cordero, atado á esta

dura piedra, á la voluntad de sus enemigos y con su sangre preciosa redimiendo al hombre. Llenos de estos sentimientos nos retiramos de aquel lugar para dirigirnos á la medianía del templo y ver un pozo donde se dice que *Santa Praxedis* recogía la sangre de los mártires. Lo cierto es que todo infunde veneración y respeto.

Era la hora de comer ya, el tiempo se había pasado insensiblemente y aunque nos acontecía lo que á la turba que por el desierto séguía al Señor escuchando su divina palabra, sin embargo preciso era hacerlo y seguir adelante, pues mucho nos faltaba que ver y tal vez tiempo no tendríamos, sólo esperábamos la audiencia del Santo Padre para marchar á los Santos Lugares; así es que nos retiramos despidiéndonos por unos breves instantes.

El mal tiempo, la lluvia se presentó durante toda la tarde, é imposible nos fué volvernos á reunir, sino hasta el siguiente día en el Palacio del Vaticano.

Muy temprano los peregrinos sacerdotes fuimos á celebrar la santa misa, á fin de tener tiempo para asearnos cual convenía y presentarnos con la debida exactitud.

Así es, que no podíamos perder el tiempo y no obstante lo solícitos que estábamos, fué muy limitado.

Eran las ocho y media y nos hallábamos desayunando. Una *vetura* nos esperaba y nos dirigimos al lugar de la cita. Por gusto nos estacionamos un poco en la puerta principal de este sorprendente y grandioso edificio, á fin de poder gozar con el inusitado movimiento que se había producido ó se estaba produciendo con la llegada de tantos carruajes, que conducían ya á los peregrinos, ya también á una peregrinación belga que á la sazón se encontraba en Roma y que también habían sido invitados.

En fin, ya era tiempo de penetrar. En la entrada se encuentra la guardia de riguroso uniforme y defendidos ó escudados con su lanza, exigen el correspondiente boleto, el cual todos íbamos presentando, é internándonos, luego nos dirigiamos siguiendo á la multitud á la *sala ducal* por donde el Romano Pontífice debía pasar, pues sólo para esto teníamos permiso. Por todas partes se encuentran los guardias custodiando y haciendo guardar el orden. Unos diez minutos tardaríamos en llegar y ahí luego

nos recogieron los paraguas, recibiéndonos el atento y fino Sr. Cónsul Angelini. Entregamos el boleto á la entrada y fuimos luego colocados, permaneciendo todos en pie y formando la valla respectiva para que pudiese pasar nuestro venerable Padre. Como unos cuarenta guardias de uniforme de gala todos, se encontraban á la mitad de la pieza, haciéndonos conservar nuestros puestos, pues más de dos mil personas nos encontrábamos allí reunidas. Un poco molestos estábamos debido á la aglomeración, pero todo con gusto lo soportábamos por la gran satisfacción que dentro de breves instantes íbamos á tener.

A las diez y media se presentaron los sediaros con vestido de gala, que portaban la silla gestatoria y la que colocaron en unas gradas que al frente ó en una cabeceira de la sala existen. Poco tiempo faltaba para que pudiéramos gozar de la vista de nuestro gran Pontífice. La ansiedad era extrema y sólo se veían las cabezas de la multitud que con frecuencia volteaban hacia el lugar por donde debía presentarse. Por fin, daban las once cuando fuimos descubriendo algunos cardenales que le precedían y acto

continuo, un venerable anciano, vestido de blanco, encorvado ya por los años, pero con un rostro afable y halagüeño se presentó ante nuestros ojos. Fué colocado luego en la silla, y acto continuo cuatro sediaros acometieron la dichosa empresa de ponerla sobre sus hombros. Verle y derramar lágrimas de gozo y satisfacción fué una misma cosa y obra de unos mismos instantes. Lleno de majestad y unida con una sonrisa propia, extendía á cada paso sus venerandas manos, impartiéndonos la bendición. No era posible resistir á los sentimientos y emociones que experimentábamos, sólo manifestándolo de alguna manera. Viva el Papa Rey, viva el Romano Pontífice, viva el Santo Padre, viva el Señor León XIII, vivas y más vivas pero á voz en cuello se dejaban escuchar en aquel respetuoso recinto. Esta operación duró mientras de nuestra vista no desapareció, que por cierto fueron unos breves instantes.

Nunca se nos olvidará este venturoso día en que tanto gozamos y tanta satisfacción tuvimos.

Luego comenzamos á salir, porque había terminado nuestro religioso objeto. Eran

las doce del día cuando nos apartamos de este lugar y nos encaminamos á nuestros hospedajes, citados para reunirnos en la tarde é ir á visitar la suntuosa Basílica de Santa María la Mayor.

Unos momentos nos separamos, y con pena, pues todos nos comunicábamos nuestras gratas impresiones y tiempo nos faltaba, nos considerábamos los más felices, y á la verdad con justa razón. A comer, y hasta las tres. *Arrivedere, signore.*

Unas cuantas horas habíamos dejado descansar al Sr. Dr. Ruiz, cuando ya lo íbamos á molestar de nuevo. Una *vettura* y al Colegio Pío Latino Americano. Al portero: ¿El Dr. Ruiz? En su habitación. Subimos las escaleras, llamamos á su cuarto, y las puertas se abrieron como por encanto. Le saludamos tan sólo, y él, fino como siempre, tomó su sombrero y marchamos. Por todos preguntaba, y ya para uno, ya para otro, tenía cartas ó encargos; en fin, no descansaba, pues las horas que nuestras impertinencias le dejaban libres, las empleaba en corregir el Concilio Provincial Mexicano, quehacer que le tenía en esa ciudad de Roma. Adelante, que los coches

esperan; á Santa María la Mayor. *Avanti.*

Un cuarto de hora había transecurrido, y ya descendíamos para penetrar en esta magnífica Basílica, erigida en el año de trescientos cincuenta y dos, por el Papa San Gregorio, movido por una visión que en la misma noche había tenido, así como un noble romano llamado Juan Patricio. Es una de las primeras que tuvo la cristiandad, y está situada en la cumbre del monte Esquilino, antes llamado Cispius, junto al templo de Juno Lucina. Diversos pontífices tomaron parte en su engrandecimiento. Entre ellos descuella Benedicto XIV, que la dotó de riquísimos mármoles y magníficos estucos dorados, mandando se reedificara, según el diseño que presentara Fernando Fuga. Su decorado es ó se compone de dos órdenes de columnas, las unas cónicas y las otras corintias, y que forman dos pórticos adornados con estatuas de travertino y con un doble pórtico. El inferior se compone de cuatro columnas de granito y varias pilastras de mármol blanco. Le adorna también una estatua hecha de bronce y que representa á Felipe IV, rey de España. Su interior está compuesto de tres naves, di-

vididas por treinta y seis columnas, todas de mármol blanco.

Al penetrar á este bello y grandioso edificio, nos encontramos luego, á la derecha, con el sepulcro de Clemente IX, y á la izquierda con el de Nicolás IV; ambos fueron obra de Fontana, menos las estatuas que, según se sabe, fueron esculpidas por Leonardo Sarzana. Con una urna de pórfido, y cubierta con un bello y riquísimo baldaquino, se encuentra adornado el altar mayor, construido según el diseño de Fuga. Debajo había una capilla subterránea, á la cual se descendía por una incómoda escalera.

En el brazo derecho del crucero se encuentra la capilla del Santísimo Sacramento, cuyo diseño es de Domingo Fontana. El monumento de la derecha de esta capilla se hizo á la memoria de Sixto V, bajo los planos del mismo Fontana.

Al lado opuesto se encuentra el de Pío V, ejecutado por varios artistas, y la estatua es obra de Leonardo Sarzana; en la nave opuesta encontramos otra pequeña capilla, cuyo interior está formado de ricos mármoles y de bellas pinturas. En los ni-

chos laterales están colocadas las estatuas de San Bernardo y de Aarón, siendo trabajo de Cordieri.

El altar de la Santísima Virgen está decorado con cuatro columnas de jaspe oriental, acanaladas, con adornos de bronce dorado, descansando sobre un zócalo revestido de ágata, sosteniendo un frontón muy rico, que está adornado con un bajo relieve de bronce que representa al gran Papa San Liberio en medio de la nieve trazando el diseño de la Iglesia, pues debe saberse que en memoria de una fuerte nevada que cayó el cinco de Agosto del mismo año de su fundación, trescientos cincuenta y dos, la que cubrió el espacio que debía ocupar la Iglesia, se le llamó Santa María de las Nieves y después, con el trancurso del tiempo, se le cambió por el de Santa María la Mayor, pues que era la principal iglesia de esta ciudad, consagrada á la Santísima Virgen.

Este cuadro de la Santísima Virgen está encajado de piedras preciosas y sostenido por cinco ángeles de bronce; Ella se ostenta bella y preciosa en medio de un fondo de lapizlázuli, cuya riqueza manifiesta á todos la gran veneración que se le tiene, pues es de

tradicción no interrumpida que fué pintada por el Apóstol San Lucas.

Saliendo de esta capilla, á la derecha nos encontramos con otra de la familia Esforza, fabricada según la arquitectura de Miguel Angel, en la cual los Señores Canónigos de esta Basílica se reúnen diariamente á rezar su oficio divino; la última capilla es de la familia Massini y construida por Martín Longhi.

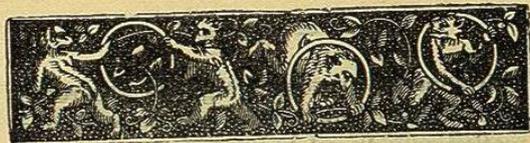
Partiendo por la puerta que se encuentra al lado de la tribuna se presenta una plaza muy espaciosa que lleva el nombre de esta Basílica, destacándose en medio un soberbio obelisco egipcio traído por Claudio á Roma, el cual, antes de que fuese trasportado á este sitio, adornaba la entrada del mausoleo de Augusto. Una cosa muy importante nos faltaba y no podíamos separarnos de este lugar sin tener la dicha de ver la *tabla del pesebre* que fué la humilde cuna donde el inocente Jesús apareciese en este mundo; así es que solicitada esta gracia, nos trasladamos todos á la capilla subterránea que se encuentra bajo el altar mayor, y que el gran Pontífice Pío IX, de feliz memoria, mandó decorar convenien-

temente. Uno de los Señores Canónigos, revestido con sobre-pelliz y estola, nos hizo la caridad de mostrarnos esta insigne reliquia, que se encuentra encerrada en una urna magnífica hecha de plata con adornos de bronce; según pudimos ver, parece ser de madera oscura, teniendo una dimensión más ó menos de un metro de largo y unos veinticinco centímetros de ancho. Por supuesto que para proceder á ello, el sacristán encendió las ceras; después, el Señor Canónigo rezó unas oraciones, y pasados unos cuantos minutos que nos permitieron verla, la cubrieron y poco á poco nos fuimos retirando, no sin ponernos á contemplar antes la estatua colosal de mármol que, colocada delante de esta preciosa reliquia, representa al insigne Pontífice Pío IX, puesto en ademán de orar.

¡Gloria y honor á la Iglesia Católica, que tan grandes hombres ha tenido y cuyos hechos viven y vivirán durante los siglos!

Hemos, pues, terminado nuestra visita á esta hermosa Basílica y con toda pena nos retiramos llenos de gratas impresiones y ponderando una vez más la fe de los creyentes y la magnificencia de la religión.

Salimos á la puerta, nos estrechamos la mano y citándonos para el día siguiente nos despedimos los peregrinos tomando cada uno la dirección de sus respectivos alojamientos. Era ya tarde; necesitábamos rezar nuestro oficio, descansar un poco y recapacitar cual convenia, las distintas maravillas que habíamos visto y por lo mismo, hasta mañana, señores, si Dios nos presta vida.



CAPITULO NOVENO.

Basílica de la Santa Cruz de Jerusalem.—Espinas de la corona del Redentor.—Bendiciones apostólicas.—S. Ignacio.—S. Clemente.—Iglesia y cementerio de los Capuchinos.—S. Carlos.—Iglesia de Santa Maria la de Victori.a—S. Bernardor — Misa aplicada por el Santo Padre segun intención de los mexicanos.—Basílica de S. Juan de Letrán.—Descripción.—Mesa donde se celebrara ó instituyera el Salvador la Sagrada Eucaristia.

A la Iglesia de la Santa Escala muy temprano nos dirigimos, por supuesto en un carruaje porque está un poco retirada. Ahí nos encontramos con los Reverendos Padres Pasionistas que con mucha voluntad y gusto nos permitieron celebrásemos. Salió primero el Padre González y poco á poco á todos nos fué tocando nuestro turno, pues debe advertirse que